

Solemnidad del Cuerpo y la Sangre de Cristo C2022

En una sociedad de abundancia como en la que vivimos, el pan o la bebida, como el agua, no es gran cosa. El problema quizás estaría en qué tipo de alimentos o bebidas elegir entre la variedad que tenemos en el mercado. Sin embargo, para los pobres un pedazo de pan o un vaso de agua es más que sustento; es cuestión de vida o muerte; se trata de supervivencia y de la vida misma.

El Evangelio de esta mañana nos da una idea de lo que Jesús sintió al ver a la multitud hambrienta que lo seguía. Eran de los pobres que habían aceptado su palabra y lo seguían a todas partes para escucharlo. Jesús estaba preocupado por su bienestar y su supervivencia. Sabía que si no comían, serían débiles y sus palabras no encontrarían un oído abierto para recibirlas. Eso lo llevó a intervenir y actuar con prontitud multiplicando los panes para alimentarlos.

Al hacerlo, Jesús quería llamar su atención sobre la verdad de que él es quien nos alimenta espiritualmente y calma el hambre de la gente. El hambre física es sólo el símbolo de una profunda necesidad que sólo Dios puede satisfacer en el ser humano. Tal comprensión nos muestra que el relato de la multiplicación de los panes contiene capas que conviene explorar en esta Solemnidad del Corpus Christi.

La multiplicación de los panes está precedida por la petición de los discípulos de que Jesús despide a la multitud para que vayan a los pueblos y granjas de los alrededores a buscar comida y alojamiento. Esta petición fue motivada por el hecho de que a juicio de los discípulos sería imposible, aun con suficiente comida a su disposición, alimentar a todos sin problema. Además, estaban en un lugar desierto donde era difícil encontrar tal alimento. En ese contexto, la solución de despedir a la multitud parecía más razonable.

Y sin embargo, fue en ese momento que Jesús tomó lo mínimo que tenían y alimentó a la multitud. Lo que era imposible a los ojos de los discípulos se hizo posible con la intervención de Jesús. Incluso si razonablemente hablando fuera imposible para la mente humana alimentar a cinco mil personas con cinco panes y dos peces, sin embargo, en el juicio de Jesús, fue posible. Para Dios todo es posible más allá de lo que el ser humano pueda imaginar. Jesús se había revelado multiplicando el pan como un maestro que hace posible lo imposible.

La multiplicación del pan es el símbolo de la Eucaristía en la que Jesús da su propia vida por la salvación de muchos. Al alimentar a la multitud en el desierto, Jesús, de hecho, garantizó su bienestar y supervivencia. Sabemos, sin embargo, que el momento crucial en el que Jesús ha dado su vida por la salvación del mundo es el momento de su Pasión y Muerte. La multiplicación de los panes es, pues, la anticipación de la ofrenda de sí mismo de Jesús en la cruz porque allí dio su vida en holocausto para salvar al mundo.

Por eso San Pablo relaciona la Eucaristía con la Última Cena que Jesús tuvo con sus discípulos. La Eucaristía es la conmemoración y la perpetuación en el tiempo del sacrificio de la cruz por la que Jesús entregó su vida por nuestra salvación. Como dice San Pablo, “la noche en que fue entregado, Jesús tomó pan y, después de haber dado gracias, lo partió y dijo: “Esto es mi cuerpo que es para ustedes. Haz esto en mi

conmemoración". De la misma manera, tomó la copa, diciendo: "Esta copa es el nuevo pacto en mi sangre. Haz esto, cada vez que lo bebas, en memoria mía".

El pan y el vino eucarísticos que recibimos en el altar son el sacrificio sin sangre de la autoinmolación de Jesús realizada, de una vez por todas, en la cruz. Su cuerpo y su sangre, presentes en el altar bajo los signos del pan y del vino, significan la inmolación total de su vida por la salvación del mundo. Así, San Pablo dice: "Cada vez que comemos este pan y bebemos esta copa, proclamamos la muerte del Señor hasta que vuelva.

Cada vez que el pan y el vino son consagrados por un ministro ordenado, según el orden del sacerdote Melquisedec y las palabras que Jesús quiso usar, son transformados por el poder del Espíritu Santo en el cuerpo y la sangre de Cristo.

Al referirse, en esta fiesta del Corpus Christi, al milagro de la multiplicación de cinco panes y dos peces que realizó Jesús para alimentar a cinco mil personas, Lucas quiere decirnos que en la Eucaristía somos alimentados por el Señor que nos da su cuerpo y la sangre como alimento. En la Eucaristía, el Señor Jesús nos alimenta, nos fortalece y nos devuelve la energía para que sigamos en nuestra peregrinación por la tierra. El hambre física necesita el alimento físico, pero el hambre espiritual necesita ser satisfecha sólo con el pan que sale de la mano del Hijo de Dios.

Así es la Eucaristía en el centro de la vida cristiana. En nuestro camino por el desierto de la vida, estamos en necesidad. El Señor está allí presente; viene a nosotros con su cuidado y amor, alimentándonos con "el pan de vida y la copa de eterna salvación".

Comer y beber en la mesa de la Eucaristía es recibir a Cristo y unirse a él. Pero como el amor de Dios es inseparable del amor de nuestros semejantes, no podemos estar unidos a Jesús sin estar en comunión unos con otros. Por eso la fiesta del cuerpo y la sangre de Cristo nos recuerda la importancia de la comunidad. No podemos comer en la misma mesa y al mismo tiempo mantener divisiones, rencores y odios entre nosotros.

Recordemos que, aunque nuestra sociedad es una sociedad de la abundancia, muchas personas tienen hambre y sed de amistad, de amor, de perdón, de comprensión, de respeto, etc. Donde sufrimos ausencia, Jesús quiere estar presente con toda la preocupación de un amigo por un amigo. Él quiere compartir con nosotros su vida y fortalecernos. Él quiere significar algo para ti y para mí. ¿Les gustaría abrirle sus corazones y hacer posible la comunión con él? ¡Dios los bendiga a todos!

Génesis 14: 18-20; 1 Corintios 11: 23-26; Lucas 9: 11b-17



Fecha de la Homilía: el 19 de Junio, 2022

© 2022 – Padre Felicien I. Mbala, PhD, STD

Póngase en contacto: www.mbala.org

El nombre de Documento: 20220619 homilia.pdf